

Periodistas españoles y marroquíes: la dificultad de los diálogos

DOMINGO DEL PINO GUTIÉRREZ

Desde la experiencia vivida, el autor hace una reflexión en cuanto a los factores que han obstaculizado una relación fluida y un diálogo permanente entre los periodistas hispano-marroquíes. Analiza la política de los visados que impide a los marroquíes de moverse con facilidad y los pocos resultados de comités mixtos como Averroes. El autor llama a la consolidación de las relaciones periodísticas para superar el desconocimiento.

Palabras clave: Periodistas, UE, Comité Averroes, Hassan II, Visado

Se basant sur une expérience vécue, l'auteur mène une réflexion sur les facteurs ayant entravé une relation fluide et un dialogue permanent entre les journalistes marocains et espagnols. Il analyse la politique des visas qui empêche les Marocains de se déplacer avec facilité, ainsi que les résultats peu convaincants des comités mixtes, tel Averroès. L'auteur appelle à la consolidation des relations en matière de presse pour passer outre la méconnaissance mutuelle.

Mots clés: Journalists, UE, Comité Averroès, Hassan II, Visa

La libertad de expresión es un elemento fundamental en la instauración y desarrollo de la democracia. Las instituciones europeas y occidentales en general le conceden una extraordinaria importancia porque su desarrollo y evolución facilita la estabilidad de las sociedades y contribuye de forma destacada a la estructuración de los sistemas políticos.

Las sociedades modernas, debido al notable auge de los movimientos migratorios en los últimos veinte o treinta años se han vuelto más complejas, más compuestas, y esa complejidad y diversidad aconseja cada vez más algo en lo que los gobiernos no dejan de insistir: los diálogos interculturales. Derivación de esa necesidad es dialogar asimismo con los representantes de la sociedad civil de los países de origen de los colectivos inmigrantes, lo cual lleva casi siempre a diálogos a tres bandas que, en general, resultan siempre provechosos para todas las partes implicadas en ellos. En el caso de España y Marruecos, o de españoles y marroquíes, el peso de la historia común, la familiaridad de las vivencias compartidas, y la extensión de los espacios geográficos tangenciales y de promiscuidad humana y social, aportan un valor añadido a esa permanente necesidad de conocimiento mutuo y como consecuencia de él, de entendimiento.

Durante ocho siglos, concretamente desde que en el año 711 en que los primeros musulmanes cruzaron el estrecho de Gibraltar en dirección a la Península ibérica, hasta los siglos XV y XVI en que los reyes de España aprobaron los decretos de expulsión de judíos y moriscos, una parte del territorio ibérico, de fronteras cambiantes, vivió bajo un régimen islámico que la historia nos devuelve con el nombre de al Andalus.

A la caída del reino musulmán de Granada en 1492 el territorio musulmán de España se limitaba ya a ese reino de Granada y su entorno, aunque la España islamizada sobrevivirá muchos años a ese hecho puntual. La historia confirma que la conquista militar no basta para que la cultura y la religión de los conquistadores sea adoptada y que cuando finaliza una etapa de dominación la cultura dominante pueda ser sustituida de golpe. Había ocurrido lo mismo con la islamización de buena parte de la Península ibérica a partir del 711 la cual, obviando las diferencias de cálculo de unos historiadores a otros, duró unos 200 años.

Las Pragmáticas sobre los Moriscos, el eufemismo con que los reyes de Castilla y Aragón nombran los decretos de expulsión que aprobarán contra los moriscos del anterior Reino de Granada y de otras comarcas del territorio de la Corona, dictadas a partir de 1570 y aplicadas a partir de 1571, darán lugar a un importante trasvase de población al Norte de África, principalmente a Marrue-

cos, Argelia y Túnez.

Desde esas fechas se instaló en esas comarcas africanas una población hispana doliente que causará numerosos e importantes problemas a la corona española en el Mediterráneo y entretendrá durante siglos una beligerancia militar y cultural contra su país de origen. Dos documentos históricos, la Pragmática y Declaración sobre los Moriscos del reyno de Granada, y la orden que con ellos se ha de tener, de 1572 y la Provisión Real de Su Magestad sobre la orden que se ha de tener en los negocios tocantes a los Moriscos del Reyno de Granada, que pretendieren ser Cristianos viejos de 1585 documentan ampliamente los objetivos religiosos de esas pragmáticas. Los historiadores nos han demostrado con posterioridad que aquellos objetivos espirituales encubrían con frecuencia otros mucho más terrenales, pero eso es otra historia.

Las expulsiones, como manifestación suprema de intolerancia a la diversidad y a la diferencia, ya habían tenido un antecedente negativo en la Pragmática del Emperador Carlos V de 1518 que había prohibido a los moriscos el uso de la lengua y los hábitos árabe, les había obligado a tener abiertas las puertas de sus casas los viernes, sábados y días de fiesta, y les había impuesto que se desposaran según las órdenes de la iglesia Católica y que no se pusiesen alheña ni polvos en la planta de los pies y de las manos. Ochenta años antes, los Reyes Católicos habían firmado el 31 de Marzo de 1492 el primer decreto de expulsión de los judíos de la Corona de Castilla, mientras otro decreto firmado solo por Fernando les expulsaba de la Corona de Aragón.

El Inquisidor Fray Tomás de Torquemada inspirador del texto, justificaba la medida por los motivos religiosos de "combatir la herética pravedad que los judíos extendían por toda la Corona, pues según es notorio y según somos informados de los inquisidores y de otras muchas personas religiosas, eclesiásticas y seglares, consta y parece el gran daño que a los cristianos se ha seguido y sigue de la participación, conversación, comunicación que han tenido y tienen con los judíos, los cuales se prueba que procuran siempre, por cuantas vías y maneras pueden, de subvertir y sustraer de nuestra santa fe católica a los fieles cristianos y los partar della y atraer y pervertir a su danada creencia y opinión".

Esas decisiones, que no son el objeto de este trabajo, dieron lugar a una relación muy traumática de España en los siglos posteriores con el Norte de África, en donde aquellos judíos y sobre todo aquellos moriscos expulsados adquirirán pronto la misma influencia política y el mismo poder económico que habían alcanzado en las Coronas de Aragón y de Castilla. La guerra de África de 1860 con Marruecos, y las batallas que acompañarán los prolegómenos de la implantación del Protectorado sobre Marruecos y del Protectorado mismo confirieron a la colonización y descolonización española un carácter diferente al de la colonización francesa y una profundidad emocional sin comparación con el tamaño o la importancia económica del Protectorado que finalmente recibiría España. Es una historia que para algunos aún no está saldada y que afecta aún hoy al menos al subconsciente de las relaciones hispano-marroquíes.

En los tiempos modernos la prensa y los periodistas, considerados en general elementos importantes en la creación de la imagen del otro y de las percepciones que cada sociedad desarrolla sobre la sociedad vecina, han sido invitados con frecuencia a dialogar y a entenderse entre ellos mismos. Existe la creencia no sé si muy extendida y sentida pero si muy invocada, de que un cambio en la visión de los periodistas inducirá seguramente a un cambio en las apreciaciones recíprocas. Aunque los problemas históricos y los naturales conflictos de intereses son ajenos a los periodistas y a la prensa, lo cierto es, al menos según mi experiencia, que los periodistas españoles y marroquíes han actuado en los años posteriores a la independencia de Marruecos, pero sobre todo en la década de los años setenta cuando surge el contencioso por el Sahara occidental, con una cierta autonomía y con un marcado espíritu nacionalista.

En los años setenta, la prensa española, al igual que buena parte de su clase política y sobre todo la opinión pública, apoyaba la independencia del territorio del Sahara occidental y al Frente Polisario desde que irrumpió en escena espectacularmente a partir de 1973. Con el mismo talante nacionalista la prensa marroquí defendió la adscripción a Marruecos del territorio, una decisión que con gran falta de transparencia había tomado el último gobierno franquista en Noviembre de 1975 en el último acto casi póstumo del dictador. Es verdad que el gobierno de España entregaba el territorio dividido en dos partes a Marruecos y Mauritania, pero también es verdad que esa so-

lución no fue entonces rechazada por el Rey de Marruecos ni los marroquíes.

En lo que a este trabajo concierne lo que intento es llamar la atención sobre el hecho de que en todo lo que respecta al contencioso del Sahara, como posteriormente a los conflictos por la pesca, el tránsito por territorio español de los cítricos y tomates marroquíes exportados a Europa, la inmigración, las zonas económicas marítimas respectivas, Canarias, Ceuta y Melilla, y otros numerosos motivos de fricción surgidos, los periodistas de uno y otro país actuarán e informarán más con una idea política en mente que con el deseo y por añadidura la obligación de informar.

Durante muchos años me ha llamado la atención el poco interés mostrado por la prensa marroquí por conocer y difundir la opinión de los responsables españoles sobre esos asuntos litigiosos y la poca entrada que dieron a los representantes españoles en las páginas de sus periódicos o de sus medios audiovisuales. La prensa española por el contrario, muy en especial el diario El País cuya corresponsalía en Marruecos ocupé durante ocho años claves en las relaciones hispano-marroquíes, ofreció su tribuna, en aquellos tiempos la más leída e influyente de la prensa española, a todos aquellos que en Marruecos podían de forma solvente expresar opiniones tanto en nombre del Gobierno como de la oposición.

El año de 1989, el de la primera visita oficial del Rey Hassán II a España, marcará una inflexión en las relaciones entre los dos países que poco a poco señalará el paso también a las actuaciones de la prensa. El entendimiento, o la distensión como sería más apropiado llamarle, tanto entre gobiernos como entre prensas respectivas, será el producto de una voluntad política de los gobiernos y no de un cambio trascendental de las mentalidades y de las percepciones. Por este mismo hecho quizá, el bienestar en las relaciones entre los Gobiernos nunca ha tenido, y no lo tiene aún, una correspondencia en las relaciones entre medios de uno y otro país.

Se han inventado en estos años muchas fórmulas, incluido un relativamente crítico Comité Averroes, aceptado por el entonces Presidente del Gobierno español, Felipe González, a propuesta del rey Hassán II de Marruecos, que nacía con la vocación nada fácil de defender entre el público español, de abordar de manera informal y en un marco que no comprometiese a los gobiernos todos aquellos conflictos y asuntos que no correspondiesen estrictamente a la acción gubernamental.

El Comité Averroes sigue siendo un gran desconocido de la opinión pública y sus funciones y sus actividades, si es que de verdad existen, siguen siendo ignoradas incluso por miembros destacados del propio Comité. Parece ser que funciona como instrumento de relaciones públicas de los empresarios de uno y otro país, pero los empresarios no necesitan en realidad de un Comité Averroes para relacionarse. Si algo puede haber logrado, aunque ello parece más bien el resultado de actitudes personales que colegiales del Comité, es apoyar el giro del actual gobierno español a favor de una solución autonómica -bajo soberanía marroquí- para el Sahara occidental o la creación de la famosa Universidad hispano-marroquí de Tetuán, para lo cual tampoco era necesario un Comité Averroes ya que su realización es una decisión soberana y legítima de los dos gobiernos. En lo que a mí respecta siempre he guardado una actitud afectiva y una relación de solidaridad con quienes en Marruecos luchan por una sociedad democrática, por una ciudadanía libre y moderna, y por un desarrollo económico que les permita alcanzar cotas de bienestar esenciales para la expansión y la estabilidad de la democracia. Mi visión de Marruecos nunca ha dejado de ser crítica pero al mismo tiempo nunca he olvidado que en Marruecos transcurrió una buena parte de mi vida incluida la laboral, y que Tánger, la ciudad donde estude y pase buena parte de mi infancia, me permitió conocer sobre la práctica lo más próximo que puede que haya existido de esa convivencia tri-cultural tan cantada de la Córdoba califal que puede que exageremos pero que en todo caso añoramos.

Por esa circunstancia personal he iniciado con el apoyo de diferentes instituciones, como la Asociación de Periodistas Europeos, numerosos diálogos y encuentros entre personas de diferentes culturas y a partir de la década de los años noventa unos, encuentros periódicos entre periodistas marroquíes y españoles hoy interrumpidos.

Porqué fracasan todos estos proyectos hispano-marroquíes, incluido el Averroes, es difícil de definir. En una reflexión de urgencia creo que se debe a muchos factores, los más sencillos de identificar no tienen nada que ver con la voluntad de los periodistas marroquíes y españoles. Uno de

ellos y no el menos importante, es el enclaustramiento a que las políticas europeas migratorias nos han condenado al recluir a nuestros colegas del sur en su propia geografía.

Recuerdo que en el último encuentro de periodistas hispano-marroquíes en que participé en 1994 propuse una moción que fue aprobada, para dirigirnos al ministro del Interior español en solicitud de una discriminación positiva en el otorgamiento de visados a favor de los periodistas. Esa discriminación positiva me parecía extremadamente útil no solo para los periodistas, sino para los universitarios y profesiones liberales. A nadie se le oculta el beneficio que representaba para el conocimiento mutuo que los periodistas se pudieran mover libremente por nuestra geografía y realizar su trabajo con entera libertad. Pero la iniciativa no prosperó.

Tampoco escapa a nadie las ventajas para los conocimientos universitarios y académicos de multiplicar los intercambios con universitarios y profesores de distintas disciplinas. En realidad creo sinceramente que con esos intercambios se favorece mucho más esa alianza de civilizaciones cuya búsqueda proclama el gobierno español que no los comités de sabios de siempre que, como el que actualmente está adscrito a la ONU y no ha producido ninguna idea relevante hasta el presente, muchas veces parecen más bien destinados a proporcionar una ocupación remunerada a amigos políticos.

El segundo motivo de fracaso es, en definitiva, la tutela que los gobiernos ejercen sobre estos proyectos, algunos de los cuales como el Comité Averroes fue creado precisamente para que fuese un marco de reflexión conjunta independiente de la acción ejecutiva. La última reunión de periodistas hispano-marroquíes de que he hablado con anterioridad es un buen ejemplo de intervención oficial. El encuentro estuvo presidido nada menos que por Felipe González y Abderramán Yussufi, uno de ellos jefe de Gobierno en funciones y el otro en el retiro. Por si cabía duda se celebró en el ministerio de Asuntos Extranjeros marroquí, tomaron parte en él otros numerosos ministros en activo o no y altas personalidades políticas, una presencia y un marco que no suele estimular la sinceridad y el franqueamiento entre periodistas.

La tercera razón para que los diálogos no prosperen es que los periodistas por sí mismos, principalmente en estos tiempos en que la dignidad retributiva de la profesión ha descendido drásticamente, no pueden asumir el coste de sus encuentros. Sería necesario que los gobiernos y las instituciones aceptasen financiarlos y a la vez abstenerse de querer mediar o influir en ellos.

Aunque estas pueden ser las razones principales para la falta de candidatos sinceros y representativos para estos diálogos, lo cierto es que no son las únicas. La relación Europa-Mundo Árabe se ha deteriorado considerablemente desde el 11-S-2001. Primero porque los periodistas del sur entienden que la Unión Europea se solidariza sin más con la potencia norteamericana, cuyos motivos para invadir a Irak se ha demostrado que fueron artificialmente fabricados. También porque se extiende la sospecha de que la insistencia sobre el terrorismo ha llevado a una limitación de las libertades públicas y a una reducción de los márgenes de libertad de expresión no justificada. La dificultad que puedan tener los periodistas marroquíes en comprender qué es España y que es ser españoles tampoco deja de ser un motivo de dificultad para esos diálogos. Sobre todo si se tiene en cuenta que los mismos españoles tenemos una dificultad parecida para comprendernos a nosotros mismos. Con una guerra civil en marcha entre periodistas que están a favor del gobierno y periodistas que están en contra, resulta difícil saber cuál es la información que puede interesar a una sociedad tan polarizada. Sobre todo resulta complicado discernir si existe vida periodística fuera de esa pugna partidista.

Comprender los contornos del gobierno español no es menos difícil teniendo en cuenta que existen como mínimo dieciocho gobiernos, uno nacional y diecisiete autonómicos, y otro más si contamos al gobierno europeo, a la Comisión, que a su vez legisla y espera que sus disposiciones sean transpuestas a la legislación de sus países miembros. Al igual que el petróleo y sus cambios de precio en el mercado internacional, y la crisis financiera y económica global, esta situación proporciona un recurso fácil para que los gobiernos nacionales eludan sus responsabilidades.

La falta de frecuentación entre periodistas y universitarios del Norte y del Sur de que he hablado antes ha impedido por un lado que los periodistas del sur puedan comprobar por sí mismos que el Norte no es un todo monolítico en su visión del mundo árabe/islámico, y a los periodistas del Norte les oculta que el Sur no es ese caos de atraso democrático y político, y esas sociedades presa de los radicalismos y el terrorismo como con frecuencia son descritas y reflejadas por la prensa occidental.

El desfase entre unos periodistas y otros lo agrava la aparente preferencia de la Comisión Europea, que es la que hasta el momento sigue reuniendo periodistas de ambas orillas del Mediterráneo en el marco del proceso euro-mediterráneo, por los periodistas del sur que le son afines y que muestran un menor espíritu crítico de las políticas comunitarias. Eso sin contar con que la lentitud de movimientos de ese pesado engranaje que es la Comisión convierte en inútiles o tardías la mayoría de las iniciativas.

Qué hacer en momentos además de crisis es difícil de sugerir. Sin embargo existen algunos principios que tanto la Comisión Europea como los países miembros podrían respetar: en primer lugar facilitar los movimientos de los periodistas del sur, garantizar su posibilidad de informar en directo y de manera independiente de las sociedades europeas y del trabajo de la Comisión o de los gobiernos miembros incluso si esas informaciones resultasen críticas. En segundo lugar ayudar económicamente a que los periodistas puedan reunirse y al mismo tiempo abstenerse de todo intento de capitalizar esos encuentros o influirlos. Nada perjudica más a un periodista, en el Sur como en el Norte, que una supuesta colaboración con los gobiernos.

Una línea de actuación, que también propuse en el marco de los encuentros hispano-marroquíes y que he reiterado en los coloquios de periodistas euro-mediterráneos auspiciados por la Comisión en que participo, sin éxito debo decir, es la necesidad de organizar estancias de periodistas del sur en medios del norte y viceversa. Esa sería una buena manera de que pudiesen comprobar directamente cómo se trabaja en uno y otro entorno, los obstáculos que encuentra el periodista en cada uno de ellos, la situación salarial y profesional de unos y otros, y la consideración social del trabajo periodístico y la imagen del periodista en el norte y en el sur.

Siempre he dicho que en contra de las apariencias los periodistas del sur me parecen más motivados y más activos en la defensa de la libertad de expresión y de prensa y más interesado en los problemas de su propia sociedad que los periodistas del norte en la solución de los de las suyas. La relectura del informe sobre el estado de la Profesión que dirigió el profesor Bernardo Díaz Nosty para la Asociación de la Prensa de Madrid, ratifican indirectamente muchas de las afirmaciones contenidas en este trabajo. Lo ideal sería que alguien escuchara alguna vez los consejos que pide y no que solo los pusiera en práctica cuando confirman sus propias opiniones y visiones.